

MOR. (*Indeciso*). Quiere ver..... á ... (*Señala al criado*),
 CRIA. Pregunta por el señorito Francisco, señora Condesa
 COND. Díle que el señorito Francisco no vive ya aquí, y que
 no volverá jamás. (*Sale el criado*).

ESCENA XVII.

ADELA, LUIS, MORAN, LA CONDESA.

COND. (*Perdiendo las fuerzas*) Jamás jamás. Mi hijo
 no volverá jamás. ¡Ay! ¡Dios mío!..... ¡Dios mío!.....
 (*Cae sobre un sofá, solloza, Adela y Moran acuden á
 ella*).

LUIS (*Aparte*). Lloro Entonces, la cosa no es tan irre-
 mediable como yo creía.....

TELON.



ACTO SEGUNDO.

*En México, en la casa de Francisco.—Salón-gabinete de traba-
 jo, modesto, pero correcto.—Los muebles están colocados en el lado
 derecho.—En el fondo; hacia el lado izquierdo, una gran puerta que
 da entrada al comedor, en cuyo centro está servida la mesa, y al lado
 izquierdo puerta de entrada.*

ESCENA I.

FRANCISCO, NANA TRINI.

(*Esta anda poniendo los platos y cubiertos en la mesa del
 comedor. Francisco, en su escritorio, lee unas cartas y las
 arregla.*)

FRAN. ¿Qué horas son, nana Trini?

N. TRI. (*En la puerta del comedor.*) Van á dar las cinco,
 señor.

FRAN. ¡Cómo! las cinco y la señora no ha vuelto.

N. TRI. La ha de haber detenido su hermana en San-Cosme.

FRAN. Sin duda Y que los domingos los tranvías tras-
 tornan los viajes.

N. TRI. Nuestra comida siempre estará dispuesta. No tenga
 usted cuidado, señor.

FRAN. (*Volteándose y mirando al fondo*). Sobre todo que la
 mesa esté bonita.

N. TRI. Pues no ha de estar con su mantel tan blanco y la
 vajilla tan preciosa.

FRAN. (*Alegre*) Vale más esto que nuestra sopera coja y
 nuestros cuatro platos aquellos..... Ja..... Ja..... ¿Se
 acuerda usted, nana Trini?

N. TRI. El señor ha hecho bien en buscarse un empleo.

- FRAN. No es muy boyante mi empleo.
- N. TRI. ¡Vaya!..... ochenta pesos al mes en la Compañía de Seguros Además, la señora da lecciones de piano, y con las lecciones de piano se adquieren relaciones.
- FRAN. Gracias á Dios, nana Trini porque, la verdad, la verdad, al principio, nuestra luna de miel fué muy oscura (Una pausa).
- N. TRI. (Adelantándose enjugando un plato.) ¡Y el Padre viene á comer esta tarde?
- FRAN. Como todos los domingos.
- N. TRI. ¡Vaya con el padrecito! Con estas comidas ha conseguido todo lo que se había propuesto.
- FRAN. [Mirándola] ¡Qué es lo que se había propuesto, nana Trini?
- N. TRI. Pues meter á Dios en los negocios de usted, porque usted se había olvidado de él, casándose no más por lo civil.
- FRAN. ¡Ah! ¿usted ha llegado á saber eso?
- N. TRI. No sólo yo. Si usted supiera las hablillas de los porteros al ver á un cura tan campechano con.... [Se ríe].
- FRAN. Sí, con herejes como nosotros, ¿no es eso? ¡Esta nana Trini!
- N. TRI. Oiga usted, señor, quiero decirle una cosa no soy muy religiosa, que digamos, y sin embargo, la noche que ví á usted con la señora, en la capillita de los Dolores, donde ardían unas cuantas velas, y no había por acompañamiento, ni un gato
- FRAN. Sí, como yo estoy desavenido con mi familia, la señora no quiso que asistiera ninguno de su casa, ni su hermana, ni su cuñado, ninguno.

- N. TRI. Con todo eso me ha dolido el corazón.
- FRAN. Por que es usted una mujer excelente.
- N. TRI. Y qué guapo estaba el padre Luis, con su sobrepelliz tan encarrujado ¡y qué cosas tan bonitas les dijo á ustedes!
- FRAN. Entonces hay que prepararle una buena comida.
- N. TRI. (Volviendo al comedor). Una comida de obispo. No más que me falta un ramo para el centro de la mesa.
- FRAN. Ya sabe usted que la señora siempre trae flores. (Se levanta). Pero ya me fastidia él que no venga. Casi me están dando ganas de ir á encontrarla. (Se abre la puerta de entrada).

ESCENA II.

Los Mismos, MARIA.

- (María viste traje lujoso, negro, capota con velo en la cara. Lleva un gran ramo de orquídeas que abarca con los dos brazos.)
- FRAN. (Exclamando con gozo). ¡Ah! ya está aquí... Al fin llegó.
- MAR. Buenos días, Pancho mío. (El la abraza cariñosamente).
- FRAN. (Tomándole las dos manos) ¡Qué contento estoy! teugo á mi mujer, sí, la tengo, podré abrazarla siempre que quiera.
- MAR. Pues bien, abrázala, no te detengas. Espera que deje yo esto. (Pone el ramo sobre la mesa).
- FRAN. (Abrazándola). Siéntate Ponte aquí para que te mire..... Estaba yo muy inquieto, deseaba yo tanto que vinieras.....

- MAR. ¡Inquieto! ¿de qué?
- FRAN. (*De rodillas delante de ella*). De todo..... Pueden suceder tantas cosas.
- MAR. [*Acariciándole la cabeza*]. ¿Qué quieres que me suceda?
- FRAN. No sé. Pero cuando no estás aquí, me impaciento, me anonado..... A cada coche que se detiene, me da un vuelco el corazón. ¡No! no puedo, no quiero permanecer una hora lejos de tí.
- MAR. ¿Pues qué haces cuando estás en tu oficina?
- FRAN. ¡Vaya! me fastidio.
- MAR. ¿Pues qué no piensas en mí?
- FRAN. A toda hora. Te juro que escribo tu nombre en todas mis pólizas de seguros. ¿No te pasa lo mismo á tí?
- MAR. ¿A mí? Ojalá me hubieras visto en la calle. Luego que me bajé del tranvía, eché á andar, corre que corre. Me parecía que no llegaría pronto, y sentía yo que me empujabas.
- FRAN. (*Besándola*). ¡Mujer querida!
- MAR. [*Estremeciéndose de placer*]. Ven á ver mis flores. [*Se levanta*].
- FRAN. ¡Oh! soberbias.....
- MAR. Son orquídeas.
- FRAN. (*Distraído, abrazándole el cuello*). ¡Ah!
- MAR. Las compré en el kiosco del Empedradillo. Me pidieron por ellas un sentido; pero á fuerza de regatear el precio, me las dieron muy baratas.
- FRAN. (*Llamando*). ¡Nana Trini!
- N. TRI. (*En el fondo*). ¿Señor? (*Entrando, á María*). Buenos días, señora.

- FRAN. ¿Pedía usted un centro para la mesa? Aquí está. (*Le da las flores*).
- N. TRI. (*Llevándose las flores*). No había yo visto flores tan bonitas como éstas. Ni parecen naturales. (*Pone el ramo en el centro de la mesa*).

ESCENA III.

FRANCISCO y MARÍA.

- MAR. (*Dejando su sombrero delante del espejo*). ¡Ah! qué bien se siente una en su casa, cerca de su Pancho. (*Le da el sombrero*). Ponlo allí..... De veras, sólo aquí respiro á gusto; sólo aquí me siento feliz.
- FRAN. (*Besando el sombrero, antes de ponerlo en la mesa*). ¿Has visto á tu hermana?
- MAR. (*Quitándose el sobretodo*). Sí, su chiquilla ha estado mala la semana pasada.
- FRAN. (*Con indiferencia*). ¡Oh!
- MAR. No fué gran cosa, una enfermedad insignificante. Pudimos llevarla á San-Cosme.
- FRAN. ¿Y las acompañó tu cuñado, el general?
- MAR. ¡El mogigato!..... ya sabes que nunca lo veo. Para él, como para tu madre, yo soy un monstruo. Sólo ha consentido en que me reciba su mujer.
- FRAN. ¡Vaya un imbécil! En tu lugar, yo no volvería á su casa.
- MAR. Es tan buena mi hermana. No le conozco más que un defecto, y es que le da mucha importancia á su tratamiento "La señora generala" La verdad es que yo me siento muy satisfecha, cuando en una tienda de ropa ó en una joyería, puedo decir: La Condesa de Vivanco.

- FRAN. ¡Bien! siempre eres la misma (Le toma la mano).
¡Tóma! ¿qué tienes aquí?
- MAR. ¿Mi brazalete? ¿Es bonito, verdad? ¡Oh! me muero por las perlas.
- FRAN. ¿De donde te viene? Yo no te lo conocía, ¿no es verdad?
- MAR. Es un regalo que me hizo la señora de Bermejillo..... la mujer del banquero ya sabes calle de Cadena
- FRAN. Bueno, pero ¿por qué te hizo ese regalo?
- MAR. Como recompensa de las lecciones que le doy á su hija.
- FRAN. Pero élla paga esas lecciones, y te las paga muy bien.
- MAR. ¡Oh! tú comprendes que si la señora de Bermejillo no fuera mi amiga de colegio, casi mi hermana, no hubiera yo aceptado su regalo; pero cuando se interesa tanto por mí..... Acaba de conseguirme dos lecciones una, los martes, á las tres, y otra los sábados, á las cinco. Si aun sería conveniente que fueras á darle las gracias; conoce tu nombre y la posición que ocupa tu madre; eso la había de halagar mucho
- FRAN. Iremos cuando quieras Ya te lo he propuesto, y le diré á esa señora que una mujer honrada no tiene más alhajas que las que le regala su marido. (Se sienta en su escritorio y vuelve á hojear sus cartas).
- MAR. Tienes razón; ya no quiero este brazalete. (Se lo quita y se acerca á Francisco). Tómalo Te lo regalo. Haz de él lo que quieras. Yo, no lo volveré á usar.
- FRAN. (Conmovido). ¡Qué buena eres! Te amo, te amo. (Le acaricia la cara). (Una pausa).

- MAR. ¿Estás trabajando? ¿para tu oficina?..... ¿Te dieron algún trabajo extraordinario?
- FRAN. No, me entretengo, ya lo ves Mientras estaba yo esperándote, arreglaba estas cartas.
- MAR. ¿Cuántas tienes, Dios mío! ¿Cuántas!
- FRAN. ¡Vaya! cuando se guardan desde la niñez.
- MAR. Pues yo, no he guardado ni una tira de papel.
- FRAN. ¿No juzgas agradable remover de vez en cuando antiguos recuerdos?
- MAR. Los míos son muy tristes. Mi ventura y mi felicidad empezaron contigo.
- FRAN. Pobrecita de tí.
- MAR. ¡Oh! no me compadezcas, ahora soy tan feliz..... ¿Y todas las has guardado? (Sonriéndose). ¿Hasta las cartas comprometedoras?
- FRAN. ¿Cartas de mujer?
- MAR. ¡Ah! picaro, me comprendiste luego, luego. Sí, cartas de mujer. ¿Cuánto apostamos á que tienes algunas? (Riéndose le tapa los ojos con la mano). Vamos á ver. (Toma una carta cualquiera). ¿De quién es la carta que tengo aquí?
- FRAN. ¿Cómo te lo he de decir, si me tapas los ojos? Lee una frase.
- MAR. (Leyendo). «Estoy celosa de tu ternura, Pancho mío» ¡Ah! ¿De quién es? (Alza la mano de los ojos).
- FRAN. (Muy alegre). De mi madre, cuando tenía yo quince años.
- MAR. (Tomando varias cartas y mostrándoselas una por una). ¿Y ésta?
- FRAN. De un amigo que ya murió.
- MAR. ¿Y esta otra?

- FRAN. Es de Adela. Puedes leerla.
- MAR. No..... (Con sobresalto). Esta letra la conozco.
- FRAN. No es posible, es la última carta que he recibido del pobre Ocaranza. (María se estremece.) ¿Qué tienes?
- MAR. ¿Yo? nada ¿Quién es ese Ocaranza?
- FRAN. Un amigo mío, un pintor el que pintó el artezo-
nado de la sala y de la galería, en la casa de mi ma-
dre Joaquín Ocaranza.
- MAR. ¿Joaquín? ¿Se llama Joaquín?
- FRAN. ¿Que tú lo conoces?
- MAR. No..... y sin embargo me parece.....
- FRAN. ¡Cáspita! ¿Este?..... Si hubiera seguido sus consejos,
no estaría yo casado.
- MAR. ¿Por qué?
- FRAN. Que hable él..... Escucha. (Busca un párrafo de la
carta y lo lee). "Todas las mujeres son embusteras
Nunca se les debería creer; lo mismo que á los niños
cuando declaran ante un tribunal."
- MAR. ¡Lucido está tu amigo!
- FRAN. Oye lo que sigue: "¿Por qué te ríes tan recio? le pre-
gunté un día á mi mujer en el gabinete de la fonda
en que cenábamos, después de la Opera —Para que
crean los que estén en el otro gabinete, que nosotros
estamos muy divertidos." Sí, querido Francisco, ese
es su carácter; la mentira encarnada, insana; mentira
por gusto, por instinto; el lujo, la vanidad forman
parte de ella, como sus hermosos cabellos ó sus manos
delicadas." Et cætera, et cætera..... cuatro páginas.
- MAR. ¡Pobre loco! Juzga á todas las mujeres por la suya.....
- FRAN. (Acariciándole las manos). Hay que perdonarlo.
Mira, debe ser una cosa tan terrible preguntarle á la

- mujer amada: "¿De dónde vienes? ¿Qué has hecho?"
con la certidumbre de no tener por respuesta más
que una mentira, siempre una mentira. Mi amigo no
podía trabajar. Al fin, perdida toda esperanza, con el
corazón hecho pedazos, oyendo en su rededor cosas
horribles, consumido por el hastío, se decide á aban-
donar á su mujer. Ahora viaja, para procurarse el ol-
vido. Esta carta viene de Buenos-Aires.
- MAR. Esa ciudad está muy lejos.....
- FRAN. (Mientras ella recorre la carta). ¿Qué criatura tan
singular!..... Una mujer así, es un misterio. Muchas
veces, platicando, de repente, sin que viniera al caso,
decía: "cuando estaba yo en el Cairo" ó si no:
"una vez en la bahía de California". (Se ríe).
- MAR. ¿Qué es lo que te hace reír?
- FRAN. Comprenderás que eso causaba admiración.
- MAR. (Repentinamente y de mal humor, rompiendo y
arrojando la carta sobre la mesa). Deja á esa mujer.
¿Qué nos importa la desgracia de los demás?..... ¡No-
sotros nos amamos, nosotros somos libres! (Acaricián-
dolo). Es tan bonito el egoísmo entre dos, léjos de to-
dos (Lo abraza). Dime, Pancho querido, ¿no ex-
trañas nada de lo que has dejado por mí? (Se sienta
sobre sus rodillas.)
- FRAN. No extraño nada.
- MAR. ¿Ni tus riquezas, ni á tu querida amiga Adela, ni á
tu madre?
- FRAN. Cállate, abrázame otra vez.

ESCENA IV

Los Mismos, el PADRE LUIS.

LUIS. *(Desde la puerta que entreabre, algo encogido)*. ¿Os molesto?

FRAN. De ninguna manera.

MAR. *(Apartándose de Francisco)*. ¡Oh! aquí está Luis.

FRAN. Entra pues.

LUIS. *(Sofocándose)*. Hijos míos.....

FRAN. ¿Qué sucede pues?

LUIS. Os vengo a decir..... No puedo hablar. Estoy tan contento, que me metí a otra casa creyendo que era ésta.

MAR. *(Sonriéndose)*. ¿Quiere usted un poco de agua de toronjil?

FRAN. *(Con voz de trueno)*. Nana Triñi, traiga usted agua de toronjil.

LUIS. Basta de tonterías. Les vengo a dar aviso..... de una visita extraordinaria.

MAR. ¿Quién?

LUIS. La Condesa de Valparaíso.

FRAN. ¿Mamá?

LUIS. Sí, tu madre madre que perdona, y que perdona de tan buena gana, que no ha querido diferir su visita ni un instante, para tener el gusto de abrazarlos.

FRAN. *(Señalando á María)*. ¿A los dos?

LUIS. Sí, á los dos.

MAR. ¿Pero es posible?

FRAN. Tú, mi querido Luis, has hecho este milagro.

LUIS. No he sido yo, el Señor es el que lo ha hecho. [*En voz baja, juntando las manos*]. "Laudate nomen Domini." *(En voz alta y lleno de gozo)*. Ya ven ustedes, por qué tenía yo tanto interés en el casamiento religioso. Su estado no era conveniente. La iglesia no autoriza el divorcio, pero á veces, con grandes influencias, se consigue..... En fin, lo he obtenido, y era absolutamente necesario, porque sin eso la Condesa no hubiera perdonado. Una vez me dijo—porque hacía tiempo que yo trabajaba secretamente y andaba tentando vados,—una vez me dijo: "No, por grande que sea mi deseo de abrazar á Francisco, nunca iré á su casa, jamás admitiré ese matrimonio sin Dios." Pero yo pude responderle: "Señora, si ya están casados por la iglesia." *(Se ríe)*. Y no más con esta frase tomé la plaza sitiada.

FRAN. ¿Y cuándo consumaste tan brillante proeza de guerra?

LUIS. Esta mañana..... ni más ni menos..... Y como el señor Morán convidó á la Condesa y á su hija para una fiesta que se da hoy en su círculo, las vas á ver inmediatamente..... Vienen tras de mí.....

MAR. ¿Cómo, Adela?

LUIS. Y el señor Morán.

MAR. Por Dios, Francisco! Hay que prevenirse. Recoge pronto esos papeles.

FRAN. Ea, Padre! recojamos. *(Abraza á María)*.

LUIS. Sí, sí, recojamos.

FRAN. *(Mientras que María lleva sus arreos de vestir á la pieza interior)*. Eres un chico excelente, Luis.... y por el servicio que nos has hecho, verás lo que les doy á tus pobres. ¡Ya verás!

LUIS. Te advierto que tengo muchos.
 FRAN. (Cantando): "Los nobles caballeros
 Que empeñan su palabra"
 LUIS. (Cantando) "La cumplen cuando tienen
 Cuidado del honor." (Interrumpiéndose). A propósito, María, ¿qué hacía usted en la calle de Gante, esta tarde como á las cuatro?
 MAR. ¿Esta tarde? ¿Calle de Gante?
 LUIS. Sí; yo pasaba en coche cuando usted salía de una casa muy elegante.
 MAR. No fui yo.....
 LUIS. ¿Cómo no?
 FRAN. Estoy seguro de ello; si esta tarde se fué á San-Cosme.
 LUIS. Eso es increíble! ¿Cómo no había usted de ser.....
 llevaba usted un ramo de flores?... (Tocan la puerta).
 MAR. (Con sobresalto). ¡Ay! Dios mío..... tu madre..... yo me voy.
 FRAN. No, al contrario, quédate..... (María sale).

ESCENA V.

LA CONDESA, ADELA, MORAN, FRANCISCO, LUIS.

COND. (Muy conmovida) Hijo mío.... mi querido hijo...
 FRAN. [En sus brazos]. Madre...
 COND. ¿Seis meses! seis meses, sin verte!... Cuando se piensa que la vida es tan corta, que podré morir mañana!... ¡Ay! estos seis meses ya no los recobraré jamás. (Se abrazan de nuevo).
 ADE. Pero desde ahora, madrina, ya no nos separaremos nunca.

FRAN. (Despreñdndose de su madre). Adela tiene razón. Nos hemos de desquitar del tiempo perdido. (Gozoso). Buenas tardes, Adela.
 ADE. Pero abrázame.
 MOR. (Mientras que se abrazan). ¿Y al tío? ¿No le dices nada?
 FRAN. (Estrechándole la mano). Soy su amigo de usted como siempre, tío mío.
 LUIS. (Con ganas de llorar). ¡Cuánto gusto tengo! Si ni puedo decir lo gozoso que estoy.
 COND. Ya lo creo, Luis, tiene usted mucha razón. (A Francisco). Porque ha hecho esfuerzos inauditos para lograr esta reconciliación. Yo estaba muy enojada, ya lo sabes, ó mejor dicho, aparentaba yo estarlo. Había yo prohibido que se pronunciara tu nombre, figúrate..... cuando sólo tu nombre me llenaba el corazón. Cuando recibía yo tus cartas....
 FRAN. Y las has de haber recibido á menudo, te escribía yo cada ocho días.
 COND. Sí..... delante de la gente, las rompía yo sin abrirlas, pero no en pedazos chicos; cuando quedaba yo sola, los recogía todos, y corría yo á mi recámara. Allí me ocupaba yo en leerte y releerte.
 FRAN. María te conoce bien. Ya había adivinado lo que me cuentas ahora.
 COND. ¡De veras! ¿Dónde está tu mujer? No la veo.
 FRAN. Allí está. (Señala la recámara y se ríe). Le dió miedo al oír que sonabas la campanilla. (Llama). ¡María!
 ADE. Espera. Voy á buscarla. (Entra á la recámara).
 LUIS. (Siempre conmovido, señalando á Adela). Esta niña se ha de ir derecho al cielo.